

insigne en todas épocas por el mérito y santidad de sus pastores, nunca tuvo mayor número de prelados virtuosos, instruídos y llenos de celo, que en el reinado de aquel príncipe. En el segundo orden viéronse también brillar en algunos sujetos todas las cualidades que hacen que el santo ministerio sea útil y fecundo por los talentos é idoneidad de los que lo ejercen. No es posible entregar al olvido los nombres de un Bourdoise, un Ollier, un Bernard y otros varios santos sacerdotes que vivieron en aquel siglo con una reputación de virtud cuya influencia se ha comunicado hasta nosotros por la utilidad de los establecimientos que fundaron. En una palabra, puede asegurarse que en todas las diócesis de Francia, los obispos apasionados del bien encontraron cooperadores dispuestos á secundar sus intenciones, y hombres verdaderamente apostólicos y enteramente consagrados al servicio del prójimo. Para gloria de la Religión y consuelo de los hombres de bien, estos ilustres ejemplos de virtud eran imitados por las nuevas congregaciones y reformas establecidas en el curso de aquel siglo, así como por otras muchas personas piadosas, á quienes es debida una multitud de preciosos y santos establecimientos.

4.<sup>a</sup> Con las demás virtudes del sacerdocio, se encendió en el corazón de un gran número de eclesiásticos el celo de la salvación de las almas. Los unos trabajaban con un ardor superior á todo elogio, en desengañar á los que por la desgracia de su nacimiento ó por seducción se hallaban comprometidos en el error y en el cisma de los supuestos reformados; otros se aplicaban á la instrucción de los pobres aldeanos, en quienes por lo general el vicio es siempre fruto de la ignorancia, y otros finalmente abandonaban su patria, y atravesaban los mares, arrojando todos los peligros, para llevar la luz del Evangelio al fondo del Asia y de la América. Entre los unos y otros se vieron hombres de la más ilustre alcurnia, y de un mérito tan manifiesto, que solo con su nombre hubieran podido abrirse paso á los honores y distinciones de la fortuna.

5.<sup>a</sup> Se trabajaba con tan generoso ardor, con tan activa solicitud en hacer revivir la regularidad de costumbres, que se publicaron numerosas obras acerca de la disciplina en

general, y sobre los deberes de la vida sacerdotal en particular. Varios obispos establecieron en sus diócesis conferencias á que concurrían en días señalados los eclesiásticos de cada distrito, y en las que bajo la dirección de uno de ellos (que era por lo regular el más instruido y ejemplar) se discutían algunos puntos de doctrina relativos al dogma ó á la moral. El resultado de estas conferencias era redactado por uno ó varios teólogos versados en los puntos que se habían controvertido, y luego por medio de la prensa circulaban por otras provincias, haciendo estensiva á todas la utilidad de una institución organizada al principio para provecho de un solo país.

6.<sup>a</sup> La ignorancia había hecho supersticioso al pueblo, y las supersticiones del pueblo daban á los herejes nuevo pretexto de calumniar á la Iglesia: esto era el tema obligado de sus declamaciones. Desentendíanse ellos de querer comprender cuán injusto es atribuir á una sociedad tan numerosa como la comunión romana, las opiniones y prácticas populares que en el fondo no interesan el dogma ni la moral, y que además esa sociedad no aprueba. De todos modos en este siglo se cuidó más que nunca de purificar y arreglar la devoción del pueblo, instruyéndole en todo lo que debía saber acerca del objeto y forma del culto superior, separando con prudencia todos los usos supersticiosos y volviendo á dar á las santas ceremonias toda la augusta sencillez que les conviene.

7.<sup>a</sup> Una vez encendida la antorcha de las ciencias, todos los cuerpos eclesiásticos, así seculares como regulares, participaron de sus benéficas luces y calor. El orden episcopal se distinguió entre todos, particularmente en Francia, por su celo en renovar y fomentar los buenos estudios.

Entre las órdenes religiosas, la de Santo Domingo, que desde su institución había producido un gran número de teólogos célebres, tuvo también en este siglo hijos que no cedieron en ilustración á los que les habían precedido (1). Al número de estos pertenecen Nicolás Coeffetau, que mereció ser elevado á la Silla episcopal de Marsella, y del cual se conservan varios escritos sobre controversia;

(1) Ducreux, Siglos cristianos, p. 423-430.

Francisco Combefis, á quien la república de las letras es deudora de varias ediciones de los *Padres griegos*, y en parte de la de la *Historia bizantina*; Santiago Goar, que dejó algunos escritos acerca de la disciplina y liturgia de las iglesias orientales; y Vicente Contenson, autor de una teología dogmática y moral, en la que se dedicó á esplanar los principios de San Agustín y de Santo Tomás. Mas entre todas las órdenes religiosas que se ocuparon de la cultura de los ciencias, ninguna ha llegado por sus trabajos literarios á la altura de los jesuitas y benedictinos. Los primeros por de pronto no produjeron más que comentadores de la Escritura, teólogos escolásticos y casuistas. Pero luego los sabios de esta insigne Compañía publicaron obras recomendables en todos los géneros de la literatura sagrada. La teología positiva, la ciencia de la Sagrada Escritura y de los Padres, la crítica, la cronología, la historia, los concilios, la disciplina, la controversia, la elocuencia sagrada, el ascetismo, la biografía, la diplomacia, etc., todo quedó subordinado á su capacidad y en todo fueron de grande provecho y lucimiento sus trabajos. No hay quien no haga justicia á la vasta erudición y al mérito sólido de los Fronton-du-Dac, Petau, Sirmond, Labbe, Cossart, Bolandus, Papebroc, Bourdaloue, Le Valois, La Rue, Orleans, Brumoi etc., nombres célebres, ante cuya autoridad la misma calumnia tiene que doblar la cerviz. Por su parte los benedictinos, que desde los primeros tiempos de la reforma habían anunciado el designio que meditaban de trabajar en el renacimiento de los estudios, no tardaron en ponerlo en ejecución. Las ciencias eclesiásticas eran las que convenían á su estado y las que mejor se conciliaban con sus deberes: dedicáronse pues á ellas con tan buen resultado como celo y ardor. El conocimiento de la antigüedad fué el principal objeto de sus investigaciones. Aplicáronse á disipar las tinieblas de que aun estaba cubierta, y por medio de incesantes trabajos lograron sacar de la oscuridad un infinito número de preciosos monumentos y títulos auténticos que aun no eran conocidos. Las colecciones que se formaron, y que la Europa ha tenido ocasión de apreciar como se merecían, han servido para ilustrar muchos puntos interesantes de historia y de disciplina.

Algunos de aquellos laboriosos solitarios se dedicaron de un modo particular al estudio de los Padres y á la crítica de sus obras, y formaron entre sí pequeñas sociedades para acelerar y perfeccionar con la reunión de sus trabajos y de sus luces la ejecución de la empresa cuyo plan habían concebido. A este feliz pensamiento, y á la emulación que necesariamente debía resultar, debe la Iglesia las magníficas ediciones de los Padres griegos y latinos de que ya hemos hablado, particularmente la de San Agustín, que por sí sola es acreedora á la gratitud del porvenir, en obsequio de los sabios que la dirigieron. Sensible nos es el no poder dar á conocer todos los hombres ilustres por su ciencia y laboriosidad que tan célebre congregación produjo. Tan interesantes detalles nos presentarían ocasión de poner á la vista de nuestros lectores un largo catálogo de nombres consagrados á la inmortalidad en los fastos de la Religión y de la literatura, pues la mayor parte de sabios religiosos cuyos retratos tendríamos que trazar, eran no menos interesantes por sus virtudes que por su erudición y talentos. Pero contentándonos en los límites que nos hemos propuesto, no hablaremos más que de la congregación del Oratorio, establecida en Francia por el cardenal de Berule, y que desde el principio de su institución igualó en celebridad á las más antiguas y distinguidas corporaciones. Sus primeros individuos fueron casi todos doctores de la Sorbona, y por consiguiente trajeron á ella el gusto por los buenos estudios, el aprecio de las ciencias sólidas y el conocimiento de las fuentes donde podían adquirirse. En esta nueva sociedad de tan piadosos como ilustrados eclesiásticos, se fué cada vez desarrollando más ese germen de una noble emulación: de manera que en poco tiempo se vieron brillar en ella varones consumados en todo género de erudición. Difícil sería encontrar en otra parte teólogos más profundos y versados en las materias que han tratado, que un Juan Morin y un Dionisio Tomasin; historiadores más infatigables en sus indagaciones, ni más hábiles en el arte de emplearlas que un Carlos le Cointe y un Jacobo le Long; ni filósofos más amigos de la verdad, de una moral más útil ni más religiosa, que un Nicolás Malebranche. (1)



Vamos á dar á esta materia algun ensanche, recorriendo las diversas ramificaciones de la ciencia eclesiástica para probar mejor el grado de perfeccion con que en el siglo XVII fueron cultivadas.

Las fuentes de la ciencia eclesiástica no podían ser abiertas mas que á los que poseyesen los antiguos idiomas: convirtiéndose pues la actividad de los ánimos hácia ese punto (1). Como la lengua santa reúne en sí misma todos los títulos que pueden y deben asegurarle la preferencia, es decir, la antigüedad, la dignidad y la utilidad, se comprendió que sin su conocimiento sería en vano lisonjarse de poder conocer el verdadero sentido de los escritos inspirados, ni de los dogmas que en ellos se contienen; y como además, abusando de la Escritura y dando una torcida interpretación á los términos que ella usa, era como los hereges daban á sus erróneas opiniones un aire de autoridad casi imponente, se comprendió cuánto importaba quitarles este medio de seducción. Por consiguiente, varios sábios eclesiásticos se dedicaron al estudio del hebreo.

El conocimiento del idioma condujo á la inteligencia del testo, y con esta clave se penetró mas que nunca en el santuario de la Escritura. Descartáronse por medio de argumentos y observaciones, cuyo menor mérito era la sagacidad, todos los inconvenientes que habian servido de obstáculo á los intérpretes de los siglos anteriores: se fijó el verdadero sentido de los pasages oscuros ó dudosos: se esclarecieron las dificultades de la cronología: conciliáronse las contradicciones aparentes, y hasta se adquirió bastante habilidad para descubrir las faltas que se habian deslizado en el testo y para hacerlas desaparecer por medio de correcciones sólidamente fundadas. Las leyes, costumbres, artes de necesidad ó de adorno, trages, armas, pesos, medidas, localidades, alimentos; en una palabra, cuanto tiene relacion con el pueblo hebreo, todo cuanto puede servir para la interpretación de los libros divinos que de él han recibido los cristianos, todo fué objeto de indagacion y de discusion por parte de los hombres laboriosos. No hay punto alguno interesante sobre el que la

(1) Ducreux, Siglos cristianos, t. 9, p. 350-36

crítica no dirigiese sus miradas y lo aclarase con su ilustracion. El obstinado judío, el hereje henchido de su vana sabiduría, el incrédulo que anhela por la evidencia y cierra sus ojos al verla, perdieron de ésta vez todas sus ventajas. Combatióseles con sus propias armas, y si no tuvieron la buena fé de confesarse vencidos, por lo menos no pudieron vanagloriarse, como anteriormente se atrevieron á hacerlo, de aventajar á los católicos en todas las cuestiones que no pueden decidirse sino examinando el testo original y los diversos sentidos de que es susceptible.

Los escritos de los Padres son otro objeto igualmente importante de la crítica sagrada. Estos canales de la tradicion quedan obstruidos y albergan en vano el depósito de los puros raudales de la santa doctrina y de las antiguas verdades, para quien los mira con desden. Los Padres griegos, principalmente los que vivieron en los primeros siglos, y que mas inmediatos á los tiempos apostólicos vieron al cristianismo nacer y estenderse, nunca pueden ser demasiado estudiados, ni demasiado conocidos. Ellos bebieron la doctrina evangélica, tanto acerca del dogma como de la moral, en la fuente misma, porque sus maestros fueron discípulos de los que lo habian sido de Jesucristo. Sus sucesores conservaron con la misma fidelidad el depósito de la verdad y transmitieronlo religiosamente sin alteracion á las edades futuras, de manera que con toda su pureza ha podido llegar hasta nuestros dias. Ahora bien: para conocer con certeza, tanto la fidelidad de los depositarios, como la integridad del depósito, es preciso hallarse en estado de apreciar el testimonio de los que nos afirman lo uno y lo otro, y por lo tanto, es preciso hacer un estudio particular de las obras en que este testimonio está consignado, principiando por los tiempos mas antiguos y descendiendo hasta los nuestros, siguiendo el curso de los siglos: y este es un estudio, que como todos los demas, presenta sus dificultades, y en que no se pueden esperar buenos resultados, no llevando delante la antorcha de la crítica. De otro modo, no sería posible distinguir los verdaderos escritos de los Padres, de los que se les han falsamente atribuido, y aun en aquellos que indudablemente son obra de su inteligencia, tampoco se podrian comprender los pasajes que por

la ignorancia ó la malicia han sido adulterados. De aqui resultaria que á cada paso se veria uno espuesto á tomar por doctrina de los Padres ó de la misma Iglesia opiniones que ellos no han adoptado, ó á considerar como sospechosos de error otras cuya certeza se han esforzado los enemigos de la fé en destruir por medio de una torcida aplicacion de la autoridad de algun respetable escritor antiguo. Para evitar este doble inconveniente y otros muchos que se originan de la ignorancia, se trató primeramente de separar las verdaderas obras de los Padres de la multitud de obras apócrifas que la temeridad de los falsarios habia condecorado con los nombres mas célebres de la Iglesia. Luego se depuró el testo de las obras ciertas por medio de la comparacion de los manuscritos mas antiguos y auténticos, se explicaron sus pasages oscuros por aquellos en que los autores se habian espresado con mas claridad, y lo que no parecia bastante exacto en algunos pasages de que los innovadores abusaban, se interpretó con la doctrina constante y uniforme de los escritores eclesiásticos de la misma época. Mas todos estos trabajos no eran aún mas que preliminares de otro mucho mas estenso y de mas utilidad. Todas las investigaciones que se habian hecho y todos los materiales que se habian reunido, sirvieron para preparar ediciones mas amplias y mas correctas que las anteriores. Entre todas las corporaciones religiosas, la congregacion de San Mauro se distinguió particularmente por el celo con que se apoderó, digámoslo asi, de tan penosa tarea, y por el infatigable ardor con que algunos sábios educados en su seno se encargaron de llevarla á cabo. Aun cuando esta corporacion ilustre no hubiera prestado otro servicio á la Iglesia no mereceria por ventura el eterno aprecio de la Religion y de las letras?

Despues del estudio de los Padres griegos y latinos, el de los concilios es uno de los objetos mas dignos de llamar la atencion de los que en el plan de sus trabajos literarios abrazan todas las ramificaciones de la ciencia eclesiástica. Con la historia de los dogmas y de los errores se encuentra en ese estudio la de las costumbres y de la disciplina. En las actas de esas asambleas mas ó menos numerosas, mas ó menos autorizadas en la Iglesia, aparecen

consignados los usos de cada siglo, los vicios y los abusos que han reinado en las diferentes épocas y naciones, tanto de Oriente como de Occidente, el estado de fervor ó de relajacion, de ilustracion ó de ignorancia que ha caracterizado las diversas edades del cristianismo y los cambios sucesivos que se han introducido en la policia exterior de una sociedad, cuyo espíritu y máximas han sido siempre las mismas. Al leer los reglamentos coordinados por los concilios, se conoce mejor que por ningun otro documento histórico, asi los males que los pastores se esforzaban en corregir, como los remedios que su sabiduría ponía en juego para conseguirlo. Las diversas colecciones de cánones que hasta entonces se habian hecho, tan notables para el tiempo en que se publicaron como preciosas por mas de un estilo no obstante sus defectos, no eran ya suficientes para los sabios que habian contraído la buena costumbre de acudir á las fuentes legítimas. Trataron, pues, de consultar las actas mismas de los concilios generales y particulares en toda su estension. Para reunir las y formar colecciones completas, se registraron con la mayor escrupulosidad los templos, los monasterios y las bibliotecas: examináronse los archivos, y se consultó con mas atencion que nunca á los escritores antiguos y modernos que han hablado de concilios, con la esperanza de hallar en sus escritos indicaciones ó noticias que pudieran conducir á nuevos descubrimientos. No se perdonaron gastos ni diligencias á fin de adquirir las actas que faltaban y para completar las que no habian llegado íntegras hasta el siglo XVII ó presentaban algunos vacíos que era preciso llenar. La fecha de algunos sínodos era incierta, y el paraje en que se celebraron poco conocido; varios de ellos hacian alusion en sus reglamentos á costumbres cuya huella habia desaparecido, y otros se servían de espresiones cuyo sentido parecia equívoco. Tratóse, pues, de determinar la época de los primeros y el lugar donde se celebraron, de esclarecer los usos de que hacian mencion los segundos, y de fijar la verdadera significacion de los términos poco usados que muchos han empleado. Todos estos puntos se discutieron en sábias disertaciones: de modo, que si aun quedan en la antigüedad eclesiástica algunos puntos cubiertos de sombras, podemos espe-



rar que con el tiempo y el trabajo de los que se ocuparán de esa materia despues de nosotros, llegarán á disiparse.

La Historia de la Iglesia, no menos interesante para los simples fieles, que para los sabios de profesion, ofrece un vasto campo á la curiosidad de los unos y de los otros: ella abarca todos los tiempos y todos los pueblos, y de consiguiente para conocer sus detalles es menester consultar, aproximar y comparar una infinidad de documentos esparcidos en todas las regiones, desembrollar una multitud innumerable de piezas que ninguna relacion sensible tienen entre si y que no obstante sirven para aclarar notablemente los sucesos, interrogar los anales de todos los pueblos y poner en paralelo los historiadores de todas las comuniones, y esto es un trabajo inmenso que exige por parte de quien lo emprenda tanta paciencia como sagacidad: es una carrera tan larga y tan penosa que apenas hubiera sido posible recorrerla á unos mismos hombres, si diversos sabios, movidos cada cual por su atractivo particular, no se la hubieran, digámoslo así, repartido. Unos consagraron sus desvelos á recoger materiales, otros emplearon sus talentos en coordinarlos, y de todos éstos trabajos reunidos, han brotado las historias generales y particulares con que el público se ha visto favorecido en los siglos XVII y XVIII.

De todas las partes de la ciencia eclesiástica, la teología, aunque mas constantemente cultivada, era la que tenia mas necesidad de reforma, principalmente en el modo de tratar las cuestiones que en ella se ventilan. Método, razonamientos, lenguaje, todo ha variado de lo que antes era, es decir, todo ha mejorado. Los progresos que se han hecho en las demas ciencias tambien han refluído en beneficio de esta. La S. Escritura mejor interpretada, la doctrina de los Padres mas profundizada, los cánones mejor conocidos, los hechos históricos mas exactamente comprobados, la enseñanza eclesiástica mejor establecida, tanto en su continuidad como en su uniformidad, han sido para la teología manantiales abundantes de pruebas incontestables y luminosas, ya para defender el dogma, ya para rebatir los errores. Léanse los grandes cuerpos de teología publicados desde la época de que se tra-

ta, y comparándose con los que cincuenta ó cien años antes gozaban de mas reputacion, apenas se podrá creer, séame licito decirlo, que pertenecen á una misma ciencia, compuesta de los mismos objetos y fundada sobre los mismos principios. Fijese particularmente la atencion en las obras de Bossuet y de otros muchos; ¡qué conocimiento de los verdaderos manantiales de la doctrina evangélica! ¡Qué fuerza de razonamientos! ¡Qué orden en el encadenamiento de pruebas! ¡Qué arte en desenvolverlas y presentarlas en su mayor claridad! ¡Hasta qué punto sabian estos grandes teólogos poner en evidencia las verdades, fecundizar los principios, y sacar consecuencias directas é incontestables! ¡Qué habilidad manifiestan en demostrar un punto de dogma, en combatir todos los sofismas del error, persiguiéndole hasta en sus últimos atrincheramientos y privándole de todos sus recursos, y por último, en destruirlo enteramente con sus propias armas! Igual lógica, la misma riqueza, claridad y energía se encuentra en las obras de moral. La cuestion que se trata de ilustrar, se presenta en ellas con el mayor desembarazo y claridad: siguen á continuacion los principios que han de emplearse para decidirla, apoyados en sus respectivas pruebas: despues de esto parece que la aplicacion se hace como por sí misma á todos los casos en que es posible suponerla, y la claridad que de ella resulta es tan pura que desvanece fácilmente todas las objeciones que la indocilidad del espíritu ó la perversidad del corazón son capaces de acumular.

En la elocuencia del púlpito era donde mas se daban á conocer los perniciosos efectos de la ignorancia y del mal gusto. Apenas se podria en la actualidad tolerar la lectura de algunos sermones predicados ante los mas numerosos auditorios de la corte y de la ciudad por oradores cristianos que á principios del siglo pasaban por ser los mas elocuentes. Aquello era un monton informe de razonamientos de los que los menos malos eran los que nada probaban, de citas enteramente ajenas al asunto, de comparaciones falsas, de pensamientos triviales é hiperbólicos, y de retazos disparatados é incoherentes, compaginado todo de ridicula manera y expresado en

el estilo mas rastrero y defectuoso. Los PP. Senault, le Jéune y Lingendes fueron los primeros que conocieron las reglas del decoro, el valor del orden y la necesidad de usar un lenguaje noble al tratar, en la cátedra evangélica, de los grandes asuntos del dogma y de la moral. Despues de estos, el arte oratorio llegó á tal perfeccion que no tardó la sagrada tribuna en tener sus Demóstenes y Cicerones. Admiráronse en ella algunos oradores que Roma y Grecia habrian contado entre sus mayores ingenios, y en sus discursos se oyó resonar todo lo que de mas noble, sublime, interesante y persuasivo tiene la elocuencia. Bossuet, magestuoso y profundo, lleno de asombro con la elevacion de sus pensamientos y con aquellos rayos de fuego, que siendo lanzados como por casualidad, producen un efecto mas seguro, que si de antemano estuviesen preparados. Flechier, mas delicado y correcto, adornó la verdad con todos los encantos de la diction; prefirió irse blandamente insinuando en las almas, á obligarlas á postrarse bajo el peso de sus argumentos. Bourdaloue, teólogo, tanto ó acaso mas que orador, elevado en sus ideas, nervioso en sus razonamientos, apremiante en sus inducciones, rico en sus detalles, y mas ocupado de la esencia de las cosas que de la manera de decir las, se dedicó especialmente al convencimiento de la razon y á destruir los vanos pretestos que la pasion oponia á los deberes de cuyo yugo quisiera sacudirse para quedar en absoluta libertad. Mascaron por su parte se presentó con tanto brillo en el púlpito, que en el genero de las oraciones fúnebres mereció ser comparado con Flechier y hasta con el mismo Bossuet. Otros muchos podrian aumentar el catalogo de estos nombres ilustres; pero despues de haber pronunciado el de Bossuet, el de aquella noble y magnífica espresion del siglo XVII, parece que toda la admiracion ha llegado ya á su término: ya no resta mas que recogerse silenciosamente y dar gracias á Dios de haber continuado por medio de aquel varon esclarecido, la sucesion gloriosa de los Padres de la Iglesia que parecia haberse interrumpido en San Bernardo; pero que para honor del cristianismo y bien de la humanidad, se irá perpetuando hasta la consumacion de los tiempos.

8.<sup>a</sup> ¡Gloria al Señor por las maravillas

que su mano pródiga desplegó con tanta complacencia en el curso del siglo XVII! Mas si á la vista de tan admirables prodigios pronuncian nuestros labios un himno de agradecimiento, no podemos dejar de sentirnos penetrados de dolor al contemplar la ingratitude con que el siglo XVIII, la *hez de los siglos*, como le llamó el clero francés, correspondió á los beneficios de la divina Providencia.

Sin embargo, el siglo XVIII (cuyos sucesos vamos á referir), no obstante haber colmado la medida de la corrupcion y del crimen, no deja de ser una de las épocas mas gloriosas de la Historia de Iglesia. Los diversos enemigos que la Religion de Jesucristo habia tenido desde su origen, resucitaron, por decirlo así, en esa época todos juntos, á fin de coaligarse contra ella y concurrir con infernal emulacion á destruirla hasta en sus cimientos. Mas tambien parece que en el mismo instante se vieron revivir para defenderla con energía y aun para cimentarla con su sangre los santos doctores que en tiempos mas felices la habian ilustrado tanto por sus escritos como por sus virtudes, y aquellos intrépidos confesores del nombre de Jesus, de quienes Tertuliano decia que su muerte, aun mas que su santa vida, aumentaba el número y el fervor de los hijos de la Iglesia.

No nos venga pues la desdeñosa impiedad filosófica á decir que en los primeros siglos, la Religion del Evangelio debió principalmente á los prestigios de su novedad los maravillosos progresos que hizo entonces en el mundo al través de las violentas persecuciones que se suscitaban á cada paso que iba dando en las nuevas regiones. Cuando en estos últimos tiempos ha sido preciso que esta Religion divina, á pesar de su pretendida vetustez y de la caducidad que una filosofía altamente evanecida de su juventud le echaba en cara, resistiese á los mas violentos esfuerzos de una multitud de enemigos conjurados contra ella, hánla visto tan invencible como en los dias de mas vigor de su juventud.

Acaso hoy en dia lo ha sido aun mas (si es que sin blasfemia puede proferirse esta espresion); pues al cabo las terribles y violentas oposiciones que en su primera edad tuvo que sufrir, no fueron mas que parciales ó sucesi-



vas; porque al paso que ensangrentaban el país que el cristianismo acababa de conquistar, dejaban en paz las regiones que anteriormente había conquistado, ó si las persecuciones afligían varias veces á los cristianos de una misma provincia, no era sino en épocas diversas, en cuyos intervalos habían podido los fieles tomar nuevos alientos y fortalecerse, aumentando su fervor, contra las nuevas persecuciones. Pero en el siglo XVIII el infierno desencadenó simultáneamente en todas partes contra la Santa Religión de Jesucristo los mas terribles enemigos que ella ha podido tener. La tierra se estremeció á su presencia, las monarquías vacilaron hasta en sus cimientos: todo el cuerpo social sintió convulsiones horribles, y por todas partes parecía presentarse la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel, y como la anticipación de aquel venidero trastorno de la naturaleza en que termine la existencia del mundo que sepultará los tiempos en el abismo de la eternidad.

El pueblo francés, que mejor que otro alguno conoció aquella espantosa catástrofe, pues dió cabida en su seno á los funestos móviles que la desarrollaron y fué tambien una de sus primeras víctimas, sabe muy bien que fué precedida de acontecimientos que no dejaban de ofrecer alguna analogía con los que deben ser precursores del triste día en que la tierra debe volver al primitivo caos. ¿Podrá olvidarse de eso el pueblo francés?

Desde los últimos años del siglo XVII, en que las señales de próxima desolación principiaron á conturbar el ánimo de los hombres previsores, no cesaron de ir progresivamente aumentando y presagiando así la espantosa revolución. Pero Dios que, en sus designios impenetrables permitía que la seducción fuese tan poderosa como general para tener ocasión de patentizar que la Religión esta hija del cielo, tendría fuerzas para triunfar del mundo entero coaligado contra ella; Dios que para mayor gloria de su Iglesia militante quería que esta venciese sin mas armas que la verdad eterna, y solamente por la fé y las virtudes de los fieles unidos á sus pastores, Dios conservó en medio de aquella desolación almas superiores á todos los ataques del error y de la persecución. A estas almas predesti-

nadas es á quienes las naciones católicas, contra las que usó la impiedad de mas estratagemas y violencias, debieron la inapreciable felicidad de no haberse visto privadas del reino de Jesucristo; por medio de estas almas escogidas, es como este reino, mantenido en sus antiguos dominios, á pesar de tantas tramas, contrariedades y opresión, hizo brillar prodigios de fé cuales nunca se habían visto de mas admirables y sobrenaturales. Ciertamente que no hubo ni una sola provincia de nuestra Europa católica en donde no se contaran muchos mas de aquellos diez justos capaces de salvar á Sodoma y Gomorra, si Dios los hubiera encontrado en estas. En medio de tantos impíos que, redoblando los mas astutos y violentos ataques contra la Religión, creían haberla arrancado ya de todos los corazones, ¿no se vió por ventura otra multitud, quizás mas numerosa de defensores que de enemigos, la cual atestiguaba la inamovilidad de su imperio? ¿Y aquella gran cantidad de Pontífices, dignos de su categoría por su piedad, su ilustración y su celo; y aquellas admirables falanges de sacerdotes no menos virtuosos que sábios, que protegiendo con las armas de la palabra y la fuerza de la convicción el sagrado depósito de la fé, la afirmaban aun mas en los corazones por medio de su ejemplar conducta; y aquellos millares de fieles de toda edad y sexo, que asiéndose invariablemente al áncora de salvación, y dirigiendo sus miradas á la Santa Sede, como á su estrella polar, reproducían en el mas perverso de los siglos las virtudes mas heroicas y eminentes de los mas hermosos días del cristianismo?

Tal es, en compendio, el magestuoso cuadro que presentará el siglo XVIII de la Iglesia. Mas si tan digno es de admiración por el celo, constancia y heroísmo de los fieles y de sus pastores, lo es porque los desarreglos del espíritu y de las costumbres que espusieron la intrepidez de su fé y virtudes á tan rudas pruebas, fueron llevados al exceso, y les hicieron mas penosa que nunca la resistencia, y porque las ocasiones que le suministraron de poder adquirir en los combates alguna ventaja sobre tan formidables enemigos, fueron de las mas peligrosas; pues efectivamente, jamás los hombres de poca fé tuvieron mayores motivos de temer que el área de

la salvación naufragara en un océano de escándalos y de errores.

Cara ha costado la revolución á la Francia; ella ha desolado á su Iglesia y á todo el mundo católico; pero por lo menos en las lecciones que se deducen, así de sus preludios como de sus desastres, nos presenta una compensación moral para los espantosos males que ha producido. Del abismo de esa revolución, estudiándolo detenidamente, sale una claridad lú-

gubre, pero provechosa, que reflejándose sobre los tiempos pasados hasta fines del siglo XVII, puede desde esta época hacernos marchar con mas seguridad entre el falso resplandor de las prevenciones que el siglo XVIII ha derramado sobre el siguiente para reproducir las mismas crisis (1).

(1) *Hist. general de la Iglesia durante el siglo XVIII, t. 1, Disc. prelim. PASSIM.*

